

JUAN PABLO II Y LATINOAMERICA

A PARTIR DE PUEBLA, HACE 25 AÑOS

Francisco Javier Errázuriz Ossa
Cardenal Arzobispo de Santiago
Presidente del CELAM

I. UN INAPRECIABLE DON DE DIOS

No es posible resumir en pocas líneas la magnitud y el significado del don de Dios que ha recibido la Iglesia y los pueblos de Latinoamérica y el Caribe a través del ministerio apostólico de S. S. Juan Pablo II. Tampoco es posible expresarlo en palabras. Permanece en el misterio de las obras de Dios. Desde el día de Pentecostés, es el Espíritu el que envía a los misioneros a anunciar a todo el mundo el Evangelio y quien abre los corazones para acogerlo. Conscientes de este misterio, esta mañana recordamos al Santo Padre con profunda gratitud en esta tierra bendita. Nunca antes un evangelizador había recorrido nuestros pueblos, convocando en cada país a casi toda la población, a millones de ciudadanos que detuvieron sus actividades laborales y suspendieron sus días de trabajo, sólo para verlo y así escuchar y acoger las palabras del mensajero de la vida y peregrino de la paz y la esperanza.

Con ocasión del vigésimo quinto aniversario del inicio de su pontificado, quisiera recordar algunos rasgos centrales del admirable y fecundo encuentro entre el Santo Padre y los católicos de nuestro Continente. Tuvo su inicio simbólico en Santo Domingo, en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y en esta ciudad, que fue por unas semanas el lugar de encuentro de todas nuestras iglesias particulares. Para dar alas a nuestra gratitud, baste recordar algunos dones recibidos. Los desprenderé sobre todo de las palabras e iniciativas suyas, que dirigiera explícitamente a la Iglesia que peregrina por tierras latinoamericanas y caribeñas.

1. **Desde el primer encuentro, ocurrió una donación mutua de confianza.** Ha crecido con el tiempo como la comunión de nuestras Iglesias particulares y de millones de bautizados en todos nuestros países, con el pastor que refleja a Jesucristo e inspira nuestros propósitos y esperanzas. También han encontrado en él al maestro que ha sabido acercar las enseñanzas del Concilio, entregar a manos llenas la verdad sobre el valor de la vida y de la paz, sobre la dignidad del ser humano, de la familia, la mujer, el trabajo y el mundo, e interpretar con acierto y sabiduría los signos de los tiempos. Han admirado al pontífice asombroso que reza por nosotros, y sabe ofrecer el sufrimiento de los pueblos -y cada vez más el suyo propio- con inusual confianza en la fecundidad de la cruz y la resurrección de Cristo.

La III Conferencia General del Episcopado latinoamericano, celebrada aquí en Puebla, constataba que se puede reconocer hasta en nuestros días el substrato católico de la cultura latinoamericana. Pues bien, la presencia, los gestos y la palabra del Santo Padre mostraron **una admirable empatía con las raíces evangélicas de nuestra cultura**, y con las dimensiones más profundas y vivificantes de nuestra religiosidad popular. Además, las abrió hasta abarcar todo el espacio de la comunión con Dios y con los hombres.

Un padre cercano y amigo de Dios

2. Desde el primer momento el Papa manifestó la «honda conmoción» que le producía el hecho de peregrinar a nuestro continente y a los países insulares del Caribe; y no ocultó su gratitud a Dios por «los estupendos valores de historia y cultura que guardan»¹. Desde un comienzo tuvo gestos y homilias que lo acercaron a nosotros, porque revelaban la hondura de su amor tierno a la Santísima Virgen. Manifestó, con signos impresionantes y palabras de comprensión y apoyo, su cercanía a los más afligidos, y exhortó a recuperar los valores de la democracia, y a construir en base a la justicia y el respeto de los derechos de todos. En cada peregrinación y en todo momento, fue percibido como un amigo de Dios, que se sumía en el trato a solas con él, un trato confiado y comprometido, y como un hermano, un amigo y un padre cercano a todos los hombres, sin excepción alguna, particularmente a los niños, los jóvenes y los más marginados de la sociedad.

No somos lo que éramos antes

3. Las visitas a los diferentes pueblos -también a aquellos en los cuales la fe ha sufrido persecución- cambió su suerte. Ya no son lo que eran antes. Algunos recibieron el don de salir anímicamente de su existencia marginal; todos vieron confirmada y apreciada su identidad cultural en medio de la globalización². Recibieron el don de conocer y experimentar la presencia cordial de quien es padre y pastor, de vivir experiencias de fe y de fraternidad nunca habidas, de interiorizar no sólo muchas verdades del tesoro de la sabiduría cristiana, sino también la grandeza de la misión encomendada a la Iglesia en Latinoamérica, y de armonizar lo humano con lo divino, la justicia con la misericordia, lo eterno con lo temporal.

II. EL PRIMER ENCUENTRO

4. Entre todos los viajes que el Santo Padre emprendió, el que realizó pocas semanas después del inicio de su pontificado para inaugurar la III Conferencia General del episcopado latinoamericano, que tendría lugar en México, tuvo una singular importancia. **Era su primer encuentro con América Latina, con el «Continente de la Esperanza»**³. Llegó a una tierra conocida por la fuerza de su fe y por su amor entrañable a la Virgen de Guadalupe. Fue recibido por un pueblo que había sufrido persecuciones por su amor a Cristo. Al Papa le traía recuerdos de su propia patria, de su querida «Polonia semper fidelis». Juan Pablo II llegaba a un continente atravesado también por profundas y múltiples desigualdades e injusticias sociales. Llegaba a un continente lleno de ilusiones, pero «con estridentes contrastes que obligan a los sectores menos favorecidos de la población a pagar intolerables costos sociales»⁴. Se encontraría con esta realidad dolorosa, intranquilizadora y muy desconcertante, precisamente por darse en un continente marcado por el anuncio del mandamiento nuevo. Un hecho que, junto a otros factores, en numerosos países había logrado desestabilizar las democracias, y desembocar en dictaduras y terrorismos. Venía a cumplir su misión de Pastor Universal, a fin de que el Pueblo de Dios cumpliera su misión en las nuevas circunstancias históricas.

Cuando el Santo Padre llegó a América en enero de 1979, pocos meses después de su elección, y entusiasmó a la Iglesia con su misión a la luz del Concilio Vaticano II, llama la atención que de inmediato, con valor profético, asumió con fuerza su trabajo

- de administrador de las plantaciones de su Señor. Abrió surcos para que recibieran la abundancia del torrente de agua viva, la fuerza vivificadora del Espíritu Santo, y emprendió de inmediato la tarea de podar los frutales y los viñedos de su Señor.
5. Unas palabras tuyas, al emprender esta tarea, son muy significativas. A la colonia polaca le expresa, poco después de besar tierra mexicana, cuánto valora su propia experiencia pastoral como Obispo en Polonia, vivida bajo el dominio de la ideología marxista, que lo va a ayudar «a ver tantos problemas que aún atormentan como nuevos, como no concretados en la mentalidad del pueblo, y quizá también en los sacerdotes de este continente, y (...) a encontrar la respuesta simple y clara esperada por todos, porque éste es el deber del Papa: hablar de manera sencilla y clara, y así confirmar a sus hermanos»⁵. Al elegirlo a él, **Dios le pedía que se valiera de su rica experiencia** para guiar y encauzar a la Iglesia.
 6. Recién iniciado su pontificado, con la visión certera y profunda que había adquirido, **exhorta a corregir desviaciones**. Así lo hace, por ejemplo, cuando habla a los obispos⁶. Leyendo esos discursos a muchos años de distancia, sorprenden por su claridad y valentía. Sin detenerse a captar la benevolencia de quienes lo escuchaban por primera vez, de inmediato denunció las «relecturas» del Evangelio que no son una auténtica meditación de la palabra de Dios, relecturas que falsean la imagen de la Iglesia y, antes que nada, de Jesucristo, silenciando su divinidad y presentándolo como un «político», un «revolucionario» implicado en la lucha de clases, como el «subversivo de Nazaret». Con fuerza pide que se viva y actúe conforme a la propia identidad cristiana, sin introducir ideologías externas y contrarias a la cristología, la eclesiología y la antropología cristianas⁷.
 7. **Alaba los propósitos y las conclusiones de la Conferencia de Medellín**⁸ y, al inaugurar la Conferencia General de Puebla, expresa que dichas conclusiones deben ser tomadas en cuenta como «punto de partida, con todo lo que tienen de positivo». Sin embargo, **no por eso silencia errores en su aplicación**. En efecto, propone que las conclusiones sean el inicio de la Conferencia de Puebla, «pero sin ignorar las interpretaciones incorrectas a veces hechas, que exigen sereno discernimiento, oportuna crítica y claras tomas de posición». En ese mismo discurso pide a los obispos que sean maestros de la verdad sobre Jesucristo, sobre la misión de la Iglesia y sobre el hombre; maestros de la verdad que viene de Dios. Nos pide que hablemos, y que no disimulemos la verdad por el deseo de agradar a los hombres. Recordando enseñanzas de Paulo VI en «Evangelii nuntiandi», pide encarecidamente que el Evangelio no aparezca «desgarrado por querellas doctrinales, por polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, al antojo de sus diferentes teorías sobre Cristo y sobre la Iglesia, e incluso a causa de sus distintas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas». Como efecto de estas controversias, que dañan la comunión y la evangelización⁹, señala la perturbación, la desorientación y el escándalo de los fieles.
 8. En este mismo contexto vale la pena recordar las **palabras del Papa a los sacerdotes y religiosos**, un día después de pisar por primera vez el continente americano¹⁰. Los invita a no tener dudas sobre su propia identidad como depositarios y administradores de los misterios de Dios, como instrumentos de salvación. Y les pide que saquen «del Evangelio los criterios esenciales de fe -no meros criterios psicológicos o sociológicos- que produzcan una síntesis armónica entre espiritualidad y ministerio». En esa ocasión los exhorta a asumir su propia misión en comunión con los obispos, y denuncia como inadmisibles «una práctica de magisterios paralelos»¹¹

respecto de los obispos (...) o de las Conferencias Episcopales». Les pide que prolonguen el amor de Cristo, «que no es partidista, que a nadie excluye, aunque se dirija con preferencia al más pobre», y que no cedan a la tentación de los particularismos y de los radicalismos socio-políticos, ya que ellos no son «dirigentes, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal». No deben ceder a la tentación de un liderazgo temporal que suele ser fuente de división. «El sacerdote debe ser signo y factor de unidad, de fraternidad». Pero estas palabras claras, que en muchos corazones habrán sido dolorosas a la vez que liberadoras, no le impidieron al Santo Padre expresar su gran confianza en ellos. Les dice, al concluir su exhortación bajo la mirada materna de la Virgen, Nuestra Señora de Guadalupe: «¡Espero tanto de vuestro amor a Cristo y a los hombres! (...) Emprendamos el camino con nuevo entusiasmo».

9. Son palabras del Papa en medio de las fuertes tensiones que agitaban el Continente debido a la injusticia social, y de la fascinación que ejercía en muchos el análisis social del marxismo y métodos marxistas de lucha liberadora, como único camino eficaz para sacudir opresiones y llegar a la igualdad entre los hombres.

Sin embargo, **se equivocaría quien pensase** que esa poda, tan necesaria y que tanto bien hizo a la Iglesia, pretendía la construcción de una Iglesia espiritualista. La tarea secular y temporal de la Iglesia, la construcción de la ciudad terrena es algo que el Papa ha llevado siempre en su corazón. En efecto, no se ha cansado de despertar el compromiso social de la fe, porque «forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia y es también parte del mensaje cristiano»¹². Por eso, muchas veces ha alabado cuanto hicieron los primeros misioneros por defender los derechos humanos en las tierras que se abrían a la evangelización, y ha traído a la memoria con gratitud a esos hombres en quienes latía la preocupación por el débil, por el indefenso, por el indígena, sujetos dignos de todo respeto como personas y como portadores de la imagen de Dios”¹³.

10. Basta enumerar los títulos de la tercera parte de su discurso inaugural en Puebla, para percibir la magnitud del desafío que, a su juicio, enfrentaba la Iglesia para construir **una sociedad acorde con la dignidad inconmensurable del ser humano**. En dicho capítulo señala que la dignidad humana es un valor evangélico que la Iglesia debe promover. Se extiende sobre la enseñanza de la Iglesia acerca de la propiedad privada y su hipoteca social, para señalar luego que la Iglesia mira al hombre en su integridad, consciente de la primacía de lo espiritual. Reacciona con profundo dolor ante las violaciones de los derechos humanos, y propone la originalidad de la concepción cristiana de la liberación¹⁴, que conquista nuevos espacios mediante la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia. También la visión cristiana de la paz, visión que comparte con todos en sus Mensajes anuales, y que lo llevó a apoyar distintos procesos de mediación en América Latina, y a ofrecer sus buenos servicios de mediador, evitando una guerra múltiple en el Continente, cuando ya era más que una amenaza entre Argentina y Chile.
11. Tanto estas citas, como innumerables otros textos de sus viajes posteriores, reforzados por sus encíclicas sociales, son un signo elocuente del compromiso del Papa con la construcción de la sociedad y con sus miembros más débiles y marginados. Es claro, al iniciar sus viajes apostólicos precisamente en Latinoamérica, no luchaba el Papa contra el compromiso social cada vez que emprendía con fuerza la poda del árbol que crecía. Tampoco luchaba contra la opción preferencial por los pobres, que recibió todo su apoyo¹⁵, y que proclamó como

una «opción firme e irrevocable»¹⁶. Su lucha era otra. Quería **que llegase «a los hombres la voz y la luz del mismo Cristo, sin reduccionismos ni desfiguraciones de la verdad revelada**, lo cual impediría el diálogo de Cristo con los hombres y obstaculizaría la unión vital de sus mentes y corazones con el Señor y su Buena Nueva»¹⁷; quería también la construcción del Reino sin vaciarlo de su contenido pleno por una opción secularista o carente de fe y valentía¹⁸.

12. Sin rechazar las ciencias humanas, por el contrario, valorándolas, podaba para que la Iglesia fuera realmente Pueblo y Familia de Dios, y para que la sociedad recibiera el agua vivificante del Evangelio, y toda la riqueza de la verdad sobre Dios y sobre el hombre, aportada por Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida. Quería que se compenetrasen mutuamente las dimensiones sociales y las religiosas, por así decirlo, del cristianismo¹⁹. Quería que todos vivieran el amor a Dios con todas las fuerzas del corazón, de modo que éste diera sus frutos de justicia, solidaridad, misericordia y paz social. Años más tarde lo expresaría en Brasil, en la Favela Vidigal con estas palabras, colmadas de sabiduría: «Los corazones abiertos para Dios están, por eso mismo, más abiertos para los hombres»²⁰. En esa misma favela mostró la compenetración de ambas dimensiones de la fe, presentando a la luz de las bienaventuranzas la auténtica verdad evangélica contenida en la expresión «Iglesia de los pobres».
13. Pero remontarse a esos primeros encuentros, privilegiando tan sólo los aspectos citados, sería desconocer **la riqueza de su acción evangelizadora**. El labrador podaba los viñedos del Señor, y al mismo tiempo abría la tierra sedienta de la acción del Espíritu Santo, y salía por las ciudades y los campos, alabando a Dios por los ricos frutos de la primera evangelización, y esparciendo a manos llenas las semillas del Evangelio. Inauguraba así el nuevo estilo de los viajes pastorales que realizaría en el futuro. Mantuvo encuentros con los grupos más variados y significativos, contagiándolos con su fe en la vocación y la misión de cada uno como depositarios del amor de Dios y constructores de su Reino. Alentaba a los mexicanos y simultáneamente se dirigía a todos nuestros países, y sus mensajes a las multitudes y los grupos más reducidos encontraban un eco interior en quienes estaban reunidos en la III Conferencia general que recordamos, compartiendo con el Santo Padre la solicitud pastoral y la esperanza.

III. LAS DIMENSIONES DE LA ACCIÓN PASTORAL EMPRENDIDA

14. Para aquilatar debidamente cuanto se iniciaba, conviene recordar unas palabras del Papa Paulo VI, pocos días antes del término del Concilio Vaticano II, cuando se reunió con el CELAM con ocasión de los 10 años de su constitución²¹. Antes de entregar al Consejo episcopal importantes orientaciones y prioridades pastorales, expresó que conocía y seguía «no sin aprehensión», la situación global de América Latina en sus componentes religiosas, políticas, económicas y sociales. Recordó que el continente latinoamericano es definido como un continente católico, y que en ello reside su gloria y su fortuna. Pero esa constatación no le impidió manifestar que su catolicismo «revela -y lo decimos con afecto solícito de padre- aspectos negativos, que denotan una debilidad y una falta de hombres y de medios». Agregaba: «Se podría hablar de **un estado de debilidad orgánica**, que manifiesta una necesidad urgente de revitalizar y reanimar la vida católica para hacerla más consistente en los principios doctrinales y más sólida en la práctica. Se podría decir que la fe del pueblo latinoamericano debe alcanzar todavía una plena madurez de desarrollo». Concluía

su cuestionamiento con algunas preguntas: «Efectivamente, ¿cuál es la solidez, la conciencia de los actuales desafíos, la capacidad de resistencia de la vida católica? ¿En qué estratos sociales se concreta? ¿Cuál es su grado de cultura? ¿Qué estadísticas se tiene sobre la observancia religiosa, sobre la moralidad familiar y sobre las vocaciones eclesíásticas?».

15. **A esta tarea dedicó admirables esfuerzos Juan Pablo II.** Puso toda su esperanza en ayudarnos a superar el «estado de debilidad orgánica» de la Iglesia en nuestros pueblos, en los que vive la mitad de los católicos del mundo, y cuya religiosidad popular ha dado muestras de contar con grandes reservas espirituales. A pesar de las debilidades enunciadas, el Papa quería y necesitaba que esta porción del Pueblo de Dios no fuera orgánicamente débil, sino fuerte, y ha puesto todo su empeño en «fortalecer y reanimar la vida católica», para que «la verdad sobre Cristo, como también la verdad sobre el hombre penetren aún más profundamente en todos los estratos de la sociedad y la transformen»²².
16. Con ocasión del quinto centenario de la primera evangelización, evocando la Visitación de la Virgen María a su prima Isabel, expresó con estas notables palabras **su propósito y su esperanza:** «Dichosa tú, América, Iglesia de América, también portadora de Cristo, que has recibido el anuncio de la salvación y has creído en 'lo que te ha dicho el Señor' (...) Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. ¡Sé fiel a tu bautismo, reaviva en este Centenario la inmensa gracia recibida, vuelve tu corazón y tu mirada al centro, al origen, a Aquel que es fundamento de toda dicha, plenitud de todo! Ábrete a Cristo, acoge el Espíritu, para que en todas tus comunidades tenga lugar un nuevo Pentecostés. Y surgirá de ti una humanidad nueva, dichosa; y experimentarás de nuevo el poderoso brazo del Señor, y 'lo que te ha dicho el Señor se cumplirá'»²³.

Tanto el quinto Centenario del primer anuncio del Evangelio en tierras americanas, como el gran Jubileo de la Encarnación, el derrumbe de las ideologías con la caída del muro de Berlín²⁴, y el inicio del tercer milenio serían ocasiones propicias para impulsar este proceso, que el Santo Padre, con visión profética, aprovecharía generosamente.

IV. LAS GRANDES INICIATIVAS

17. En el contexto de los quinientos años de la implantación de la cruz en el continente, el Santo Padre lanzó por primera vez **el desafío de la Nueva Evangelización.** Lo hizo el día 9 de marzo de 1983 en Puerto Príncipe, Haití. Allí se reunió con todos los Presidentes de las Conferencias Episcopales que componen el CELAM, y que celebraban la XIX asamblea ordinaria del Consejo episcopal, y les propuso una evangelización que fuera nueva en su ardor, nueva en sus métodos, y nueva en su expresión: una Nueva Evangelización²⁵. Con ello formuló de manera inolvidable el programa de trabajo que él mismo se había propuesto.
18. Ya al inicio de su primer viaje apostólico, «guiado por la confianza en la Madre de Dios»²⁶, que lo esperaba en su santuario de Guadalupe, había definido su propia labor como una gran «empresa de evangelización»²⁷, y descrito los trabajos de la III Conferencia General del episcopado latinoamericano, que se realizaría en Puebla de los Ángeles, como «un acontecimiento eclesial de evangelización»²⁸. Hasta allá peregrinaba el Pontífice que había sido el relator principal de la Asamblea del Sínodo

de los Obispos sobre la evangelización. Se encontraría con el propósito de los Obispos presentes en Puebla de iluminar todos los trabajos de la III Conferencia precisamente con la Exhortación Apostólica «Evangelii Nuntiandi», para dar a la acción pastoral «un impulso nuevo, capaz de crear tiempos nuevos de evangelización, en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza y en el poder perennes de Pentecostés»²⁹. La esperanza en un nuevo Pentecostés aparece una y otra vez en estos 25 años de pontificado.

19. **Ese feliz encuentro** del programa de la III Conferencia General -y después, de la IV Conferencia- con un Papa en cuyo corazón latía con fuerza el encargo de evangelizar hasta los confines del mundo -hasta los confines de todas las culturas, y hasta los confines del mundo interior del hombre- y con una fecha providencial, el 12 de octubre de 1992, produciría frutos insospechados. Todo un continente, en lugar de rendirse ante el avance del secularismo en Occidente, tomaría conciencia de su patrimonio cultural cristiano y católico. Y las dos Conferencias se convirtieron en grandes convocatorias -dirigidas a los obispos, los sacerdotes, las religiosas y religiosos, los diáconos y los laicos, como también a las familias y a todas las comunidades de la Iglesia: a las comunidades diocesanas, a las parroquiales, con sus comunidades eclesiales de base, a las universidades y a los colegios católicos, como así mismo a los múltiples movimientos eclesiales que florecen en América Latina- para aunar y focalizar esfuerzos no en una dispersión de incontables proyectos, más o menos relacionados entre sí, sino en una sola gran empresa pastoral: la Nueva Evangelización. Como parte del programa para la IV Conferencia General, realizada en Santo Domingo, el Papa desplegó dos dimensiones centrales de la evangelización: la promoción humana, porque el hombre “es el primer camino que la Iglesia debe recorrer” y la inspiración y enriquecimiento de las culturas con la savia y los valores del Evangelio, para transformarlas desde dentro³⁰.
20. Ambas dimensiones muestran vigas maestras de la construcción del Reino de Dios, sobre las cuales Juan Pablo II ha insistido en todas sus peregrinaciones por los países de América Latina y el Caribe. Sin ambigüedad alguna expresó, al inaugurar la Conferencia de Santo Domingo, “En verdad, **la evangelización de las culturas representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad**, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las personas y se proyecta en el ‘ethos’ de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas las estructuras”. Consciente de la “crisis cultural de dimensiones insospechadas” que se percibe en nuestros días, y de que los valores que se basan en consensos sociales subjetivos son frágiles y muchas veces engañosos, y nunca satisfarán las aspiraciones del ser humano, propone, por así decirlo, una refundación cultural en nuestros pueblos, “un esfuerzo y tacto especial para inculturar el mensaje de Jesús, de tal manera que los valores cristianos puedan transformar los diversos núcleos culturales, purificándolos, si fuera necesario, y haciendo posible el afianzamiento de una cultura cristiana que renueve, amplíe y unifique los valores históricos pasados y presentes”. Expresa que las culturas “deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva”. Es más, dice que “frente al complejo fenómeno de la modernidad, es necesario dar vida a una alternativa cultural plenamente cristiana”³¹.

El proyecto de evangelizar las culturas para construir una sociedad humana justa, fraterna y abierta a la alianza con Dios, sería progresivamente desplegado por Juan Pablo II en **un sinnúmero de tareas; todas ellas necesarias**. Nos habló de los múltiples agentes que éstas exigen, y de la formación de los mismos, desde la

educación de los futuros sacerdotes, de los laicos conforme a su bautismo y su confirmación, de los religiosos, según su consagración, como asimismo de la renovación de la misión de las parroquias y de la educación católica, también en las universidades, y de la espiritualidad y la misión de los movimientos eclesiales, como también de ese otro gran movimiento, que es la religiosidad popular. Recordemos algunas de esas tareas, como por ejemplo, su reto a prestar atención pastoral a la comunicación social, importante generadora de cultura, al movimiento ecológico, como asimismo a los grandes valores que conservan los pueblos indígenas y afroamericanos³², a quienes les recuerda que fueron “llamados a ser santos, con todos aquellos que invocan el nombre de Nuestro Señor Jesucristo”³³. No podemos olvidar, por otra parte, su llamada a impulsar un cambio “de mentalidad, de comportamiento y de estructuras”³⁴, y a crear así una economía de la solidaridad, de “comunidad y participación de bienes”³⁵, a trabajar por la condonación o al menos reducción de la deuda externa, a favor de los países más pobres y agobiados por ella, y por la misma integración latinoamericana³⁶.

Una dimensión transversal de nuestro encargo pastoral fue demandada por el Santo Padre con particular insistencia. La puso, ya el mismo día de la inauguración de la Conferencia de Puebla, en el corazón de las reflexiones de la Asamblea. En la homilía meditó sobre **la familia y la pastoral familiar** a la luz de la Santísima Trinidad, ya que “se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia”. Años después nos diría en Río de Janeiro que “tanto el hombre como la familia constituyen el camino de la Iglesia”, y que “Cristo ilumina la íntima comunión de vida y amor de los cónyuges, que en la vida de los hombres y de los pueblos es la encrucijada necesaria donde Dios siempre les sale al encuentro”. “Al parecer, agregaba, los enemigos de Dios, más que atacar de frente al Autor de la creación, hoy prefieren herirlo en sus obras”, sobre todo en aquellas que son la cima de las criaturas visibles: en el hombre y la familia. Afirmaba en esa ocasión, que “en torno a la familia y a la vida se libra hoy la batalla fundamental de la dignidad del hombre”. Concluía, pidiéndonos una acción pastoral vigorosa, “en la que las verdades centrales de la fe irradian su fuerza evangelizadora en los diversos sectores de la existencia, especialmente en los relativos a la familia. Se trata, decía, citando el número 65 de Familiaris Consortio, de una tarea prioritaria, fundada en la certeza de que la evangelización, en el futuro, depende en gran parte de la iglesia doméstica”³⁷.

21. Como bien sabemos, la siembra de Juan Pablo II en algunos campos de la Iglesia tardó en brotar. **La celebración del año 1492 también tuvo otras connotaciones.** No faltaron quienes optaron por privilegiar la memoria de las sombras entre las cuales se realizó en el continente la primera siembra de la palabra de vida, proyectadas por la imposición de una cultura y de un poder extranjeros sobre los pueblos autóctonos. La privilegiaron, postergando la gratitud por el inestimable don de la llegada del mensaje de Jesús, de la presencia del mismo Señor Jesús, el ‘Evangelio de Dios’, para sembrar la fe, invitar a formar parte de su Iglesia, y renovar su alianza con los pueblos del Continente, convirtiéndose así en defensor infatigable de su dignidad y de los valores que había sembrado en sus culturas³⁸. Esto impidió a grupos más o menos numerosos, sobre todo en algunos países, apreciar debidamente la vigorosa luz de la primera evangelización, y agradecer por ella de todo corazón. Recién la audaz invitación del Santo Padre, en la preparación del año 2.000, a hacer memoria de los pecados de los hijos de la Iglesia en el segundo milenio que concluía, y a pedir perdón por ellos, despejó el camino de todos para

responder, con el ardor que distinguió a los santos fundadores de los misioneros, al reto de la Nueva Evangelización.

V. UNA PEDAGOGÍA PASTORAL EVANGÉLICA

22. Cuando recién concluíamos la celebración del año del Espíritu Santo, el Santo Padre convocó a los obispos que habían participado en **el Sínodo sobre la Iglesia en toda América**, otra iniciativa suya, para unir más a los pueblos del Norte, del Centro y del Sur, después del derrumbe de muchas fronteras ideológicas³⁹. Nos convocó en esa capital de la geografía de la fe, como él llama a los santuarios de la Santísima Virgen, que es la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. Quería firmar junto a Nuestra Señora, y dejar ahí en sus manos y en las nuestras, la Exhortación Apostólica “Ecclesia in America”.
23. Fue un paso más, un paso imprescindible, en el camino de la Nueva Evangelización. En verdad, son numerosos los documentos que ponen ante nuestra inteligencia, nuestro corazón y nuestra voluntad aquello que debemos aspirar y alcanzar, y que Dios quiere hacer realidad con su gracia en nuestras vidas. Pero son pocos, sin embargo, los documentos que dan sabias indicaciones sobre el camino, sobre la manera de iniciarlo y de despertar el dinamismo de la fe, del amor y de la esperanza. Son pocos los que marcan **un hito en la pedagogía pastoral**.
24. Después de proponer la gran tarea, la Nueva Evangelización, Juan Pablo II nos indicó la pedagogía adecuada, la que despertaría el amor apasionado de la fe. Volvió a los orígenes del cristianismo en América, al “deseo de Cristo de encontrarse con los habitantes del llamado Nuevo Mundo para incorporarlos a la Iglesia y hacerse presente de este modo en la historia del Continente”⁴⁰. Y volvió a las orillas del Jordán y del lago de Galilea, recordándonos de qué manera se produjo la impresionante conversión de los primeros discípulos. Nació la fe, la esperanza y la caridad cuando tuvieron **un encuentro profundo, vivo y vivificante, con Jesús**. Lo dice con estas palabras: “Los Evangelios relatan numerosos encuentros de Jesús con hombres y mujeres de su tiempo. Una característica común de todos estos episodios es la fuerza transformadora que tienen y manifiestan los encuentros con Jesús, ya que abren un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad”⁴¹. Por eso, al enunciar el tema de la Asamblea Especial del Sínodo para América, lo formuló en esos términos: “Encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, de comunión y de solidaridad”. Él explica su profunda intuición y orientación pastoral con estas palabras: “El tema así formulado expresa claramente la centralidad de la persona de Cristo resucitado, presente en la vida de la Iglesia, (...) El punto de partida de este programa evangelizador es ciertamente el encuentro con el Señor”⁴². Ese encuentro los convirtió en discípulos y apóstoles, en otros cristos, llamados a transformar la historia.
25. El Papa expresa su confianza en que a partir de este encuentro, el Espíritu de Jesús nos guiará hacia el cumplimiento de las metas pastorales que la Iglesia en América ha de alcanzar en el tercer milenio cristiano. Pone toda su confianza en la fecundidad de un encuentro auténtico, y expresa que la presencia misteriosa de Cristo en su Iglesia “hace posible nuestro encuentro con Él, como Hijo enviado por el Padre, como Señor de la Vida que nos comunica su Espíritu”, y “llevará consigo también la renovación eclesial”⁴³.

26. Desde entonces, **esta categoría fundante de la pastoral y de la vida cristiana, el “encuentro con Jesucristo vivo”**, no se aparta de nuestras iniciativas pastorales y de nuestro corazón. Con razón se extiende la Exhortación en un tema: los lugares de encuentro con Cristo⁴⁴. Así nos invita a recorrer las páginas de las Escrituras con un corazón orante, en el cual el Espíritu Santo obra, inspirándonos el anhelo de encontrar al Señor y ser encontrados por él, que se acerca a nosotros y nos habla en el hoy de nuestras circunstancias y del mundo. Como nunca antes, crece el interés por la “lectio divina” en toda la Iglesia latinoamericana, y se revisan los programas de catequesis y todos los cursos de formación, de manera que no supongan el encuentro con Jesús, sino que encaminen hacia él, lo faciliten y profundicen. También la liturgia ha tomado más conciencia de expresar y fortalecer el encuentro vivo con Jesucristo, Sumo Sacerdote, Maestro y Mediador de la Nueva Alianza.
27. En su Exhortación Apostólica el Santo Padre se detiene en **la misión de María Santísima para llevar al encuentro vivo con Cristo**. Recuerda que la Santísima Virgen “está ligada de especial manera al nacimiento de la Iglesia en la historia de los pueblos de América, que por María llegaron al encuentro con el Señor”, siendo ella “un camino seguro para encontrar a Cristo”. Y reforzando su propósito de fortalecer a la Iglesia en el Continente, agrega: “Abrigo en mi corazón la firme esperanza de que ella, a cuya intercesión se debe el fortalecimiento de la fe de los primeros discípulos (ver Jn 2,11), guíe con su intercesión maternal a la Iglesia en este Continente, alcanzándole la efusión del Espíritu Santo como en la Iglesia naciente (ver Hch 1,14), para que la nueva evangelización produzca un espléndido florecimiento de vida cristiana”⁴⁵. Por eso los rectores de santuarios en el Continente se reúnen y velan de manera que la devoción a la Santísima Virgen, las romerías, el rezo del rosario y todas las devociones a los santos introduzcan al amor entrañable y a la fidelidad a Cristo. El Santo Padre no duda de la fecundidad del encuentro con el Señor: “Contribuirá eficazmente a consolidar la fe de muchos católicos, haciendo que madure en fe convencida, viva y operante”⁴⁶.

No me detengo en todos los frutos de conversión, comunión, solidaridad y misión que enumera la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*. Los conocemos. La Iglesia los implora y espera para sí misma, para su trabajo ecuménico y para todos los países del Continente y de El Caribe.

VI. EL GRAN JUBILEO, PROFECÍA DEL PORVENIR

28. Otra fuente de gracia, de vitalidad y de esperanza para la Iglesia en el Continente la abrió el Santo Padre con **la preparación del Gran Jubileo**. Ya en su primera encíclica lo había anunciado, y desde el comienzo puso su pontificado bajo este signo. Para la Iglesia sería un tiempo de gracia, “un nuevo Adviento”⁴⁷. Tanto la preparación remota como la inmediata movilizaron a innumerables comunidades. Una nueva vibración, un nuevo ardor, a partir de la originalidad y la riqueza del mensaje cristiano, comenzó a pulsar en los espíritus. Así ocurrió durante los tres años de preparación inmediata, cada vez que nos aproximamos con apertura filial a la misericordia y los planes del Padre, con disponibilidad amorosa al Espíritu de Santidad, que hace nuevas todas las cosas, y nos encontramos con Jesucristo con asombro y gratitud dispuesta al seguimiento. Las celebraciones del arrepentimiento y del perdón, encabezadas por Juan Pablo II en la basílica de San Pedro, produjeron un profundo alivio, un fruto de purificación redentora y de libertad interior, de pobreza espiritual, de alegría y de disponibilidad, y prepararon a la Iglesia a llegar con

humildad, sin sandalias en los pies, a la nueva zarza ardiente: al lugar de la Natividad, y a todos los Belenes donde Cristo quiere nacer en nuestro tiempo.

29. En lo que atañe a **los jóvenes**, habría que sumar a las celebraciones del Año Santo las grandes Jornadas Mundiales de la Juventud que prepararon la celebración del año jubilar, y que culminaron con la Jornada Mundial en Roma. Dos millones de jóvenes llegaron a la Ciudad Santa. Como peregrinos atravesaron con recogimiento la Puerta Santa, felices por el encuentro con Jesucristo, y cantando conmovidos al Emmanuel. Entre esos jóvenes también estaba una porción del fermento juvenil de la Iglesia en América Latina y el Caribe: de esos jóvenes que se propusieron ser “los santos del nuevo milenio”⁴⁸.

VII. PARA QUE TENGAN VIDA EN ABUNDANCIA

30. Después de haber convocado a todos los Episcopados del mundo a celebrar antes del año 2000 Asambleas continentales del Sínodo de los Obispos, y después de celebrar el Gran Jubileo de la Encarnación, el Santo Padre escribió para toda la Iglesia su inspirada **Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”**. Es la coronación de los trabajos sinodales. También de “Ecclesia in America”. En ella agradece a Dios por sus misericordias, al constatar la gran alegría de toda la Iglesia, que se ha detenido a contemplar el rostro de su Esposo y Señor, y la efusión de gracias que se ha derramado sobre ella a lo largo del año, vivificada por ese “río de agua viva” que brota del trono de Dios y del Cordero, por el agua del Espíritu Santo que apaga la sed y renueva.
31. Pero la Carta Apostólica, más allá de ser un himno de gratitud y alabanza, es **una carta programática**. También para América Latina. El Papa, que ha conducido a la Iglesia hasta los umbrales del nuevo milenio, mira hacia los siglos futuros, y comienza su carta con estas palabras: “Al comienzo del nuevo Milenio, mientras se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino, resuena en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a ‘remar más adentro’ para pescar: ‘Duc in altum!’”⁴⁹. Prosigue: “Duc in altum! Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: ‘Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre’ (Hb 13,8)”⁵⁰. Y Agrega: “Es preciso ahora aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas”⁵¹.
32. **La exhortación del Santo Padre llega hasta nosotros. Duc in altum!** ¡Conduzcan mar adentro! Iglesia en América, en el nombre del Señor, encamínate a esa plenitud de vida y misión en Cristo que él te promete. Que tu ardor interior y cuanto floreció en ti durante el Jubileo, sea una “profecía de futuro”, y suscite “un dinamismo nuevo”. Por eso reitera el Papa nuevamente la ‘llamada’ a la nueva evangelización, “sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés”⁵².
33. El Santo Padre **no nos propuso una meta cualquiera**. Ante su mirada y también en su corazón, está la imagen de la Iglesia como la describió el Concilio y el ardor pentecostal de la primera predicación apostólica. En el rostro de la Iglesia y de los evangelizadores debe resplandecer la luz de Cristo, Luz de las gentes; en ellos ha de

- ser verdad que no hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. Es claro, no caben los compromisos con el espíritu del mundo. Por eso, poco después en Toronto, invitaría con fuerza a los jóvenes a ser ‘sal de la tierra’ y ‘luz del mundo’.
34. En su carta propone una “eficaz programación pastoral”, “unas líneas de acción”, que sean coherentes con los proyectos de Dios, y que correspondan realmente a los tiempos agitados y turbulentos por los cuales ha de pasar la barca de Pedro, lanzando las redes en el nombre del Señor. El Santo Padre quiere que demos **un salto cualitativo** en nuestra vida y en nuestro afán evangelizador. Lo expresa así: “Nos espera, pues, una apasionante tarea de renacimiento pastoral, una obra que implica a todos”⁵³.
 35. **Las líneas programáticas** que propone el Santo Padre **continúan y expresan el “encuentro con Jesucristo vivo”**. Quien se encuentra con él, como lo expone la Carta Apostólica, va a ser un contemplativo, va a conservar el núcleo esencial de la gran herencia que nos dejó el Jubileo: **va a dar un lugar central en la vida a “la contemplación del rostro de Cristo**: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino”⁵⁴.
 36. Por otra parte, va a descubrir en el rostro y en el misterio de Cristo, la bendición de Dios, de Aquel que ha hecho ‘brillar su rostro sobre nosotros’, y **va a tomar conciencia de la verdadera dignidad del ser humano**, va a respetar sus derechos y a solidarizar con él desde otro horizonte, ya que “Cristo, Dios y hombre como es, nos revela también el auténtico rostro del hombre, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre”⁵⁵.
 37. Quien se ha encontrado con él y ha contemplado su rostro, va a caminar siempre “desde Cristo”, y así incidirá “profundamente, mediante el testimonio de los valores evangélicos, en la sociedad y en la cultura”. “Una oración intensa, agrega el Santo Padre, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia, abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace **capaces de construir la historia según el designio de Dios**”.⁵⁶
 38. Ello no ocurriría si el cristiano se contentara con “una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial”⁵⁷. Tenemos que “**poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad**”, porque la “perspectiva en que debe situarse el camino pastoral es la santidad”⁵⁸. Y esto implica una verdadera pedagogía de la santidad, la cual requiere “un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración”. El Santo Padre invita a todos los cristianos a una oración profunda, capaz de llenar la vida, si no quieren ser “cristianos en riesgo” de sucumbir ante las pruebas de la vida moderna. Propone que todo el ambiente espiritual de las comunidades esté marcado por la oración, y que éstas den un sitio relevante a la Eucaristía dominical, de modo que el domingo sea una verdadera Pascua semanal. Invita a plantear con valentía, de modo persuasivo y eficaz, el sacramento de la reconciliación, y a valorar tanto la escucha como el anuncio de la Palabra, conscientes de que “los dones de Dios -y los sacramentos son de los más preciosos- vienen de Aquel que conoce bien el corazón del hombre, y que es Señor de la historia”⁵⁹.

39. El Papa da **un nuevo paso programático**. Pide que seamos realmente, sinceramente, eficazmente, “testigos del Amor”. Expresa: “Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, **nuestra programación pastoral se inspirará en el mandamiento nuevo** que él nos dio: ‘Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros, los unos a los otros’.⁶⁰ Quien ha gustado el amor de Cristo, se esforzará por cumplir “**el gran desafío** que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza”. Con la gracia de Dios se esforzará por “**hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión**”, para ser fiel al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. Para ello propone “promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano”⁶¹.
40. Concluyen estas líneas programáticas del Santo Padre, invitándonos a ser testigos del amor de Cristo hacia los más afligidos de nuestros hermanos. Nos exhorta: “El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, **a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres**. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse”. La página de San Mateo⁶² sobre el juicio que examina nuestra misericordia, nos escribe el Papa, no es una simple invitación a la caridad, es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. “Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia”. Y agrega: “Es la hora de una nueva “imaginación de la caridad”, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno”⁶³.
41. Así ve Juan Pablo II a esta Iglesia que ingresa, en Latinoamérica y en todo el mundo, por los caminos del tercer milenio. Con él, así vemos también nosotros nuestro compromiso como sucesores de los apóstoles. Con el optimismo confiado que proviene de la cercanía del Señor, es éste nuestro empeño personal y comunitario por construirla, como discípulos y amigos de Cristo, como hijos de Dios y colaboradores del Espíritu Santo, conscientes del “primado de la gracia”.

VIII. CONCLUSIÓN

42. Como conclusión nos cabe afirmar que sin los viajes del Santo Padre a los países del Continente, sin la fuerza persuasiva de su testimonio personal, sin sus intervenciones en favor de la paz, sin las orientaciones suyas, como Maestro y Pastor, dadas a la Iglesia Universal y a las Iglesias particulares durante este cuarto de siglo, y sin las beatificaciones y canonizaciones -en diversos países, las primeras de su historia- la vida de la Iglesia en el Continente habría sido muy diferente.
43. Con mucha gratitud a Dios Padre, y a su querido hijo Juan Pablo II, reconocemos que si no hubiera sido enriquecida por su ministerio pastoral, ella no estaría trabajando por superar esa debilidad orgánica a la cual se refería el Papa Paulo VI al término del Concilio, no tendría tanta unidad, no sabría de sus santos ni los seguiría, no confiaría tanto en sus laicos, no celebraría con creciente y gozosa participación los misterios del Señor, no caminaría con tal fecundidad por los caminos del Evangelio, no habría emprendido tan decididamente las tareas de la Nueva Evangelización, ni se empeñaría, como signo e instrumento de comunión, en ser

misionera y en construir una sociedad más reconciliada y más conforme en todo al querer de Dios.

Este artículo fue publicado el 2004-02-14 en:
http://www.celam.org/documentos_celam/001.doc

www.inculturacion.net

-
- ¹ Juan Pablo II, discurso al llegar a la República Dominicana, 25 de enero de 1979. Ver Juan Pablo II, discurso a los Obispos del CELAM, 12.10.1984, II. Además: Juan Pablo II, discurso inaugural de la IV Conferencia General en Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, 3s. Será citado en adelante como: Santo Domingo (1992). Ver Juan Pablo II, *Los Caminos del Evangelio* (29 de junio de 1990, 4-12.
- ² Ver Juan Pablo II, discurso a los intelectuales en Medellín, 5 de julio de 1986, 2.
- ³ Juan Pablo II, discurso a los Obispos del CELAM, 12.10.1984, III, 2.
- ⁴ Juan Pablo II, discurso a la Pont. Comisión para América Latina, 7 de diciembre de 1989, 2.
- ⁵ Juan Pablo II, palabras a la comunidad polaca, 27 de enero de 1979.
- ⁶ Juan Pablo II, discurso de inauguración de la III Conferencia general en Puebla, 28 de enero de 1979.
- ⁷ Juan Pablo II, ver también discurso al Episcopado en Chile, 2 de abril de 1987, 4s; y Santo Domingo (1992), 5-8.
- ⁸ Juan Pablo II, homilía en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, 27 de enero de 1979, 3.
- ⁹ Juan Pablo II, ver Santo Domingo (1992), 8.
- ¹⁰ Juan Pablo II, alocución a sacerdotes y religiosos, 27 de enero de 1979. 11 años más tarde, en su Carta apostólica “*Los Caminos del Evangelio*” (29 de junio de 1990) dirigida a la vida religiosa, vuelve sobre algunos de estos conceptos (ver números 13, 18, 20 y 22)
- ¹¹ Ver Juan Pablo II, *Los caminos del Evangelio*, 22; Santo Domingo (1992), 8.
- ¹² Juan Pablo II, última referencia, 13.
- ¹³ Juan Pablo II, homilía en Santo Domingo, 25 de enero de 1979, 2.
- ¹⁴ Juan Pablo II, ver además alocución al CELAM, 2 de julio de 1980, 8.
- ¹⁵ *Ibidem*, n. 7.
- ¹⁶ Juan Pablo II, discurso a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana, 21 de diciembre de 1984, 9.
- ¹⁷ Juan Pablo II, discurso al Episcopado en Chile, 4.
- ¹⁸ Juan Pablo II, discurso de inauguración de la III Conferencia general en Puebla, I.8; ver Santo Domingo (1992), 6.
- ¹⁹ Juan Pablo II, homilía en Santo Domingo, 25 de enero de 1979, 3s.
- ²⁰ Juan Pablo II, visita a la “Favela Vidigal”, 2 de julio de 1980, 2.
- ²¹ Pablo VI, alocución al CELAM, 24 de noviembre de 1965.
- ²² Juan Pablo II, Santo Domingo (1992), 5.
- ²³ Juan Pablo II, Santo Domingo (1992), 31.
- ²⁴ Ver Juan Pablo II, *ibidem*, 17.
- ²⁵ Juan Pablo II, alocución al CELAM, 9 de marzo de 1983, III.
- ²⁶ Juan Pablo II, palabras a la comunidad polaca, 27 de enero de 1979.
- ²⁷ Juan Pablo II, discurso a su llegada a Santo Domingo, 25 de enero de 1979.
- ²⁸ Juan Pablo II, homilía del día 25 de marzo de 1979.
- ²⁹ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 2.
- ³⁰ Ver Juan Pablo II, Santo Domingo (1992), 3ss, y 20ss.
- ³¹ Juan Pablo II, Santo Domingo (1992) 20-22.
- ³² Ver Juan Pablo II, respuesta el 29 de enero de 1979.
- ³³ Juan Pablo II, discurso del mismo día en Cuilapán, 1.
- ³⁴ Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, 1 de mayo de 1991, 60.
- ³⁵ Juan Pablo II, Santo Domingo (1992), 15.
- ³⁶ Ver Juan Pablo II, 2 de julio de 1980, II, 8.

-
- 37 Juan Pablo II, discurso a los Obispos del CELAM y al Congreso, 3 de octubre de 1997, 1-4.
38 Ver Juan Pablo II, *Los caminos del Evangelio*, 8; discurso a la Pont. Comisión para América Latina, 14 de junio de 1991, 2; Santo Domingo (1992), 2-4.
39 Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, 5.
40 Juan Pablo II, *ibídem* 1.
41 Juan Pablo II, *ibídem* 7.
42 Juan Pablo II, *ibídem* 3.
43 Juan Pablo II, *ibídem* 7.
44 Juan Pablo II, *ibídem* 10-12, 15s.
45 Juan Pablo II, *ibídem* 11.
46 Juan Pablo II, *ibídem* 12.
47 Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, 1, 7, 20, 22.
48 Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud del año jubilar*, 29 de junio de 1999, 3.
49 Juan Pablo II, *NMI* 1.
50 *Ibídem* 1.
51 *Ibídem* 3.
52 *Ibídem* 40.
53 *Ibídem* 28.
54 *Ibídem* 15.
55 *Ibídem* 23.
56 *Ibídem* 33.
57 *Ibídem* 31.
58 *Ibídem* 30s.
59 *Ibídem* 37.
60 *Ibídem* 42.
61 *Ibídem* 43.
62 Mt 25, 35s.
63 *Ibídem* 49s.